

MARIE BENEDICT

LA ÚNICA MUJER

Traducción de Pablo Duarte

 Planeta

Capítulo 1

17 de mayo de 1933

Viena, Austria

Abrí los ojos con dificultad, los reflectores me cegaban. Discreta, apoyé la mano en el brazo de mi coprotagonista para guardar el equilibrio y me esforcé por dibujar una sonrisa segura mientras conseguía ver con claridad. Los aplausos me aturdían. Mi cuerpo se mecía en esa reiteración de luz y sonido. La máscara que había llevado con firmeza durante toda la obra se deslizó por un momento y dejé de ser Elizabeth, la emperatriz bávara del siglo XIX, para ser la joven Hedy Kiesler, nadie más.

No podía permitir que el público del famoso Theater an der Wien me viera vacilar al encarnar a la amada emperatriz de esa ciudad. Ni siquiera durante los aplausos finales. Ella fue un emblema de la otrora gloriosa Austria de los Habsburgo, imperio que tuvo el poder durante casi cuatro siglos, y durante los humillantes años posteriores a la Gran Guerra la gente se aferró a su imagen.

Cerré los ojos y me concentré, dejé a un lado a Hedy Kiesler con sus pequeños problemas y aspiraciones sin importancia. Hice acopio de fuerza y una vez más me puse el disfraz de la emperatriz, su necesaria frialdad y sus pesadas responsabilidades. Entonces abrí los ojos otra vez y miré a mis súbditos.

El público se materializó ante mí. Me di cuenta de que no aplaudían desde la comodidad de sus mullidas butacas de terciopelo rojo. Se habían puesto de pie para brindarnos una gran ovación,

honor que mis compatriotas vieneses no otorgaban con facilidad. Como emperatriz, desde luego, no merecía menos, pero como Hedy me preguntaba si esos aplausos en realidad eran dirigidos a mí o a otro de los actores de *Sissy*. El que interpretaba al emperador Franz Josef, Hans Jaray, era, después de todo, un legendario integrante del Theater an der Wien. Esperé a que mis compañeros agradecieran. Aunque el resto del elenco recibió un aplauso nutrido, el público enloqueció cuando avancé al frente del escenario para hacer mi reverencia. Sin duda ese era *mi* momento.

Cómo me habría gustado que papá presenciara mi actuación. Si mamá no hubiera fingido un malestar para desviar la atención de mi noche especial, él habría visto mi debut en el Theater an der Wien. Le habría encantado la reacción del público y, de haber atestiguado él mismo aquella gran ovación, quizá hasta habría olvidado la vergüenza del provocador papel que tuve en la película *Éxtasis*. Aquella era una actuación que deseaba dejar atrás lo antes posible.

Los aplausos fueron apagándose y una inquietud se apoderó de los espectadores cuando una procesión de acomodadores comenzó a desfilarse por el pasillo central con los brazos llenos de flores. Aquel gesto tan ostentoso, realizado en ese preciso momento, cuando todo el mundo tenía la atención en el escenario, incomodó al reservado público vienés. Casi podía escucharlos preguntarse quién se atrevía a interrumpir la función inaugural en el Theater an der Wien con un espectáculo tan extravagante. Solo el desmedido entusiasmo de un padre lo habría justificado, aunque yo sabía que mis discretos progenitores jamás se habrían atrevido a hacer tal cosa. ¿Serían los familiares de alguno de mis compañeros los culpables de la incómoda situación?

Conforme los acomodadores se acercaban al escenario, vi que sus brazos rebosaban no de cualquier tipo de flores, sino de unas exquisitas rosas de invernadero. Parecían sumar una docena de ramos. ¿Cuánto habría costado aquella abundancia de preciosos botones rojos? ¿Quién podría pagar exuberancia semejante en una época como esta?

Cuando los acomodadores subían los escalones, comprendí que tenían la precisa instrucción de entregar los ramos a su destinatario a la vista de todo el mundo. Sin saber cómo manejar aquella evidente transgresión al decoro, miré a los demás actores, quienes parecían estar tan sorprendidos como yo. El director de escena hizo señales para que se detuviera aquel ridículo, pero a los acomodadores debieron haberles pagado muy bien porque lo ignoraron y se colocaron frente a mí.

Uno a uno, me entregaron los ramos hasta que fui incapaz de sostenerlos, y entonces los depositaron a mis pies. Sentía que las miradas de reproche de mis compañeros me recorrían la espalda de arriba abajo. Mi carrera escénica podría elevarse o descender en función de los caprichos de esos venerables actores; muchos de ellos tenían el poder de tumbarme de mi pináculo con unas cuantas palabras y reemplazarme por cualquiera de las jóvenes actrices que se disputaban mi codiciado papel. Me sentí obligada a rechazar los ramos, hasta que un pensamiento asaltó mi mente.

El remitente podía ser cualquiera. Podía tratarse de un importante miembro de uno de los partidos en pugna por el poder: un integrante del conservador Partido Socialcristiano o del Partido Social Demócrata. O, peor aún, mi benefactor podría ser simpatizante del Partido Nacional Socialista y anhelar la unificación de Austria con Alemania y su nuevo canciller, Adolf Hitler. El péndulo del poder oscilaba a diario y nadie podía darse el lujo de arriesgarse. Mucho menos yo.

El público había dejado de aplaudir. En medio de un silencio incómodo, volvieron a sentarse. Todos excepto un hombre. Ahí, a la mitad de la tercera fila, en el asiento más envidiado de todo el teatro, estaba un hombre de torso fornido y quijada cuadrada. Entre todos los asistentes al Theater an der Wien, él permanecía de pie.

Mirándome.

Capítulo 2

17 de mayo de 1933

Viena, Austria

Cayó el telón. Mis compañeros me miraron perplejos y yo respondí encogiendo los hombros y negando con la cabeza, con la esperanza de que esos ademanes les transmitieran mi confusión y rechazo a tal exhibición. En medio de las felicitaciones, tan pronto como me pareció prudente, regresé a mi camerino y cerré la puerta. Un sentimiento de enfado y preocupación me invadió al pensar que esas flores me habían distraído de mi triunfo, del papel con el que por fin dejaría atrás *Éxtasis*. Necesitaba descubrir quién me había hecho esto, y si se trataba de un cumplido, por desubicado que fuera, o de algo más.

Saqué el sobre escondido entre las flores del ramo más grande, era de color crema. Tomé mis tijeras para las uñas y lo abrí. Descubrí una gruesa tarjeta con borde dorado. La acerqué a la lámpara del tocador y leí: «Para una Sissy inolvidable. Suyo, señor Friedrich Mandl».

¿Quién era Friedrich Mandl? El nombre me parecía familiar, pero no podía ubicarlo con certeza.

La puerta de mi camerino se sacudió cuando alguien tocó con fuerza.

—¿Señorita Kiesler?

Era la señora Else Lubbig, una de las antiguas ayudantes de camerino que desde hacía veinte años asistía a las protagonistas de las

producciones del Theater an der Wien. Incluso durante la Primera Guerra Mundial y los desolados años que siguieron a la derrota austriaca, esa mujer de pelo encanecido había ayudado a las actrices que subían al escenario a interpretar los papeles que confortaban el espíritu de los vieneses, como el de la emperatriz Elizabeth, que recordaba a la gente la histórica valentía de Austria y la animaba a imaginar un futuro prometedor. La obra, claro, no tocaba los años finales de la emperatriz, cuando el lazo dorado del disgusto del emperador se convirtió en un yugo alrededor de su cuello, un yugo que le restringía cualquier movimiento. Los vieneses no querían pensar en eso y, además, eran expertos de la negación.

—Por favor pase —respondí.

Sin voltear a ver la abundancia de rosas una sola vez, la señora Lubbig comenzó a liberarme de mi vestido amarillo sol. Mientras yo me untaba crema en la cara para remover las gruesas capas de maquillaje —y con él los últimos vestigios de mi personaje—, ella me pasaba un peine por el cabello para deshacer el complicado moño que a juicio del director le venía bien a la emperatriz Elizabeth. Aunque guardaba silencio, yo sentía que la mujer se tomaba su tiempo para hacer la pregunta que sin duda recorría todo el teatro.

—Bellas flores, señorita —comentó por fin, después de haber elogiado mi actuación.

—Sí —le respondí, esperando su interrogante.

—¿Puedo saber de parte de quién vienen? —preguntó y pasó del cabello a mi corsé.

Hice una pausa, sopesando mi respuesta. Podía mentir y atribuir el equívoco de las flores a mis padres, pero este tipo de chisme era una moneda que a ella le serviría en sus transacciones, y si le respondía con la verdad, entonces me debería un favor. Un favor de la señora Lubbig podía llegar a ser muy útil.

—Un tal señor Friedrich Mandl. —Sonreí y le entregué la tarjeta. Ella guardó silencio, pero escuché un suspiro involuntario, que dijo mucho. Entonces pregunté—: ¿Sabe algo de él?

—Sí, señorita.

—¿Estuvo en el teatro esta noche? —Sabía que ella observaba cada función tras bambalinas, siempre vigilando a su actriz designada para poder auxiliarla rápidamente si se le descosía una bastilla o se le enchucaba la peluca.

—Sí.

—¿Era el hombre que permaneció de pie después de la ovación final?

—Sí, señorita —respondió con otro suspiro.

—¿Y qué sabe de él?

—Preferiría no decirlo, señorita. No me corresponde.

Oculté mi sonrisa por su falsa modestia. En muchos sentidos, con su botín de secretos, ella tenía más poder que nadie en el teatro.

—Me sería usted de gran ayuda.

Hizo una pausa, tocándose el pelo perfectamente recogido, como si considerara mi petición.

—Solo he escuchado chismes y rumores. Y ninguno halagador.

—Por favor, señora Lubbig.

La observé a través del espejo: miré su rostro con delicadas arrugas en acción, como si estuviera revisando el archivo depositado con extremo cuidado en su memoria para decidir cuál sería la pizca de información adecuada.

—Bueno, el señor Mandl tiene mala fama con las mujeres.

—Al igual que todos los hombres de Viena —dije riendo. Si de eso se trataba, no había que preocuparse. A los hombres los podía manejar. A la mayoría por lo menos.

—Es algo más que las triquiñuelas comunes, señorita. Cierta romance condujo al suicidio de una joven actriz alemana, Eva May.

—Oh, no —susurré, aunque, al considerar mi propio pasado como rompecorazones y el intento de suicidio de un pretendiente después de que lo rechacé, no podía juzgarlo con tanta severidad. Era terrible. Sin embargo, esta perla de información no era lo único que

la señora Lubbig sabía. Su tono me transmitía la sensación de que seguía ocultándome cosas, que había algo más que comunicar. Pero no me lo diría con tanta facilidad—: Si hay algo más, quedaré en deuda con usted.

Dudó.

—En estos días, uno siente que debe tener cuidado al revelar ese tipo de información, señorita.

En esos tiempos inciertos, el conocimiento era moneda de cambio.

—La información que me dé será solo para mí, para mi seguridad. —Tomé su mano y la miré a los ojos—. Le prometo que no la compartiré con nadie más.

Hizo una pausa larga y al final añadió:

—El señor Mandl es dueño de la Hirtenberger Patronenfabrik. Su empresa fabrica municiones y armas, señorita.

—Un negocio desagradable, supongo. Pero alguien tiene que hacerlo —respondí. No veía por qué un negocio tendría que determinar al ser humano.

—El problema no es el armamento que fabrica, sino las personas a las que se lo vende.

—¿Ah, sí?

—Sí, señorita. Lo llaman el Mercader de la Muerte.

Capítulo 3

26 de mayo de 1933

Viena, Austria

Nueve días después de mi debut teatral en *Sissy*, una luna menguante se cernía sobre el cielo vienés y a su paso dejaba sombras color violeta oscuro. La luz lunar alcanzaba a iluminar las calles de la ciudad, así que, cuando pasaba por el elegante decimonoveno distrito, decidí recorrer a pie el resto del camino, del teatro a casa. Aunque ya era tarde me bajé del coche. Ansiaba ese intermedio silencioso, una pausa entre la locura del teatro después de la función y el caudal familiar en el que me adentraba al llegar a casa.

Por las aceras aún caminaban algunos peatones —una pareja mayor que andaba de vuelta a casa tras una cena nocturna, un joven que silbaba—, lo que me hizo sentir segura. Conforme me acercaba a la casa de mis padres en el barrio de Döbling, la ruta se hacía más opulenta y adinerada, y por eso sabía que las calles serían de fiar. Nada de esto, sin embargo, habría aplacado las preocupaciones de mis padres si hubieran sabido que caminaba sola. Sobreprotegían a su única hija.

Saqué a mamá y papá de mi mente y sonreí por la reseña publicada esa semana en *Die Presse*. Los elogios por mi interpretación de la emperatriz Elizabeth provocaron que se agotaran los boletos, y las últimas tres tardes solo quedaron lugares de pie. Mi estatus en la jerarquía del teatro había mejorado; incluso recibí cumplidos en público de nuestro director, quien por lo general era muy crítico.

Los elogios se sentían muy bien después del escándalo que provocó mi desnudo en *Éxtasis* —una decisión que me había parecido aceptable y acorde con la sensibilidad artística de la película hasta que los espectadores, mis padres entre ellos, se escandalizaron—, y supe que regresar al teatro luego de mi incursión en el cine había sido la decisión correcta. Era como volver a casa.

La actuación había sido un refugio para la soledad infantil, una manera de poblar mi existencia silenciosa con personas ajenas a mi siempre presente nana y tutora y mis siempre ausentes mamá y papá. Comenzó con la simple creación de personajes e historias para mis numerosas muñecas en un escenario improvisado bajo el enorme escritorio del estudio de papá, pero más tarde, de manera inesperada, esas interpretaciones se transformaron en algo mucho mayor. Cuando entré a la escuela y comencé a estar en contacto con una enorme y desconcertante variedad de personas, actuar fue mi manera de moverme en el mundo, una especie de moneda de la que podía echar mano cada vez que era necesario. Tenía la habilidad de convertirme en lo que las personas a mi alrededor deseaban en secreto y a cambio yo obtenía lo que quería de ellas. No fue sino hasta que pisé por primera vez un escenario cuando entendí la magnitud de ese don. Podía sepultarme a mí misma y adoptar la máscara de una persona completamente distinta, creada por un director o un escritor. Podía mirar al público y ejercer mi capacidad de influir sobre él.

Entre toda la luz que me dio *Sissy*, lo único oscuro fue la entrega nocturna de rosas. El color había cambiado, pero las cantidades no. Recibí flores fucsia, rosa pálido, marfil, rojo sangre e incluso un tono raro, un violeta muy delicado, aunque siempre eran doce docenas exactas. Era obsceno. Pero por fortuna el método de entrega también se había modificado. Ya los acomodadores no me las entregaban sobre el escenario con gran ceremonia; ahora las colocaban discretamente en mi camerino durante el último acto de la obra.

El misterioso señor Mandl. En varias ocasiones creí haberlo visto entre los asistentes en el codiciado asiento de la tercera fila,

pero no estaba segura de ello. Él no había hecho ningún esfuerzo por comunicarse conmigo más allá de la tarjeta que acompañó a las primeras rosas..., hasta esta noche. En una tarjeta de borde dorado que hallé entre las flores color amarillo vibrante —idéntico al de mi vestido— se leían estas palabras escritas a mano:

Querida señorita Kiesler:

Deseo tener el honor de invitarla a cenar al restaurante del Hotel Imperial después de su función. Si está usted dispuesta, por favor envíeme la respuesta con mi chofer, que estará esperando en la puerta de actores hasta la medianoche.

Suyo,
Friedrich Mandl

Aunque mis padres se desquiciarían si yo considerara siquiera reunirme a solas con un desconocido —en especial en el restaurante de un hotel, aun cuando se tratara del importantísimo establecimiento construido por el arquitecto Josef Hoffmann—, la información que había recabado sobre el señor Mandl era suficiente para que no me animara a cruzar esa brecha. Mis cuidadosas indagatorias arrojaron más información acerca de mi benefactor misterioso. Los pocos amigos que tenía en el mundo insular del teatro habían escuchado que era una persona a quien importaban más las ganancias que la moral de la gente a la que vendía armas. Pero la información más relevante me la dio, sin yo buscarla, mi proveedora de secretos, la señora Lubbig, quien me susurró que el hombre era bien visto por el grupo de líderes déspotas de derecha que emergían en toda Europa. Ese dato fue el más preocupante, ya que Austria luchaba por mantener su independencia en medio de dictaduras sedientas de territorio.

Aun cuando no me atrevía a ir a cenar con el señor Mandl en el Hotel Imperial, no podía seguir ignorándolo. A todas luces era un

hombre con conexiones políticas y la situación requería que los vieneses actuáramos con cautela. Aun así, no sabía cómo lidiar de manera adecuada con su atención, porque todos mis flirteos del pasado habían sido con jóvenes maleables de mi edad. Sin haber formulado aún un plan, solicité la ayuda de la señora Lubbig para distraer al chofer y evadir la puerta de actores a fin de salir por el frente.

Al avanzar por la calle Peter-Jordan, mis zapatos entonaban un *staccato*. Iba contando las casas que conocía de nuestros vecinos mientras me acercaba a la que mis padres llamaban nuestra «cabaña», término con el que todos los residentes de Döbling se referían a sus residencias. Si bien la palabra era una suerte de homenaje al estilo arquitectónico inglés de las grandes y espaciosas casas del vecindario, erigidas dentro de jardines familiares cerrados, la contradecía el considerable tamaño de las construcciones.

Unas cuantas casas antes de la de mis padres, la luz pareció disminuir. Miré hacia el cielo para ver si las nubes ocultaban la luna, pero esta seguía brillando. Nunca había reparado en ese fenómeno, pero casi nunca caminaba sola por la noche en nuestro barrio. Me pregunté si la oscuridad podría deberse a la cercanía de la Peter-Jordan-Strasse con el denso bosque de Viena, el Wienerwald, donde papá y yo dábamos nuestras caminatas dominicales.

No había un rayo de luz eléctrica en la cuadra salvo por la que salía de casa de mis padres. Ventanas a oscuras —en las que asomaba la ocasional sugerencia de una vela menguante— me miraban desde las casas vecinas, y de pronto recordé la razón de tanta oscuridad. Muchos habitantes de nuestro enclave en Döbling honraban la tradición de abstenerse de usar aparatos eléctricos desde la puesta del sol del viernes hasta la puesta del sol del sábado, sin importar que sus hábitos religiosos no se inclinaban hacia la ortodoxia que exigía esa costumbre. Lo había olvidado porque mis padres jamás la observaban.

Era el Sabbath en Döbling, barrio judío en tierra católica.